

XIX CERTAMEN DE RELATO BREVE RAIMUNDO ALONSO
“UN METRO DE 350 PALABRAS”

RELATOS PREMIADOS

Primer Premio:
FILANTROPÍA

(de Nuria García González)

Cuarenta años de emigración me dejaron en ese andén de metro, desorientado, cansado y mermado de Esperanza. Dudaba si dirigirme a Alsacia, Colombia o Ibiza, destinos muy vacacionales, pero mi desmemoriada cabeza no funcionaba.

Este Madrid ya no era una Ciudad Lineal ni fácil. Mis Lagunas solo podían verse contrarrestadas con mi buena Estrella para poder orientarme de regreso a mi Campamento familiar, cuya ubicación se me antojaba oculta bajo un Mar de Cristal.

En medio de mi extravío, un tipo barroco como salido de una obra de Tirso de Molina me tendió la mano. No sé si era lazarillo o benefactor, pero Tablas tenía y, como si se me hubiese

presentado el mismísimo Lucero del Alba, todas las Suertes juntas me sonrieron de golpe.

Callao y servicial, mi guía tenía el estilo de los grandes Embajadores conduciéndome hasta Gran Vía, donde salió del metro para invitarme a un Oporto que, además, insistió en acompañar con una torta del Casar.

Antes este Pacífico desconocido, yo no masticaba ávidamente por Capricho. Y es que la Prosperidad me había abandonado.

Desde que Las Musas no inspiraban mis versos, la desidia de mis lectores (despiadado Tribunal) hacía caer las Ventas.

Ya no podía cantar a los Cuatro Vientos que me ganaba la vida como poeta.

“Llevo esta Cruz como si me hubiera caído un Rayo”, me lamenté ante mi bienhechor, que, con la Vista Alegre por las consumiciones, animó a un servidor aludiendo al “se hace camino al andar” de Antonio Machado, poema que recité del tirón haciendo las Delicias de mi acompañante.

Él, el dueño de la taberna y yo, plantados como Tres Olivos en la barra, aliviarnos nuestras almas a base de confianzas hasta que sonó mi móvil. Era Begoña, mi mujer.

Me obligaba a volver a casa para tomar mi medicación, no fuese que hiciera un Empalme de los míos, amagando con abrirme en Canal con el cuchillo jamonero.

Agradecí a mi amigo el Bendito Pan, el vino, el queso y la grata compañía antes de salir corriendo a coger el último metro.

Guzmán, tú sí que eres Bueno...

Segundo Premio

El Parto

(de Luis San José López)

Llega mi metro. Un anciano se sienta de espaldas para seguir absorto en sus recuerdos y yo lo hago mirando hacia adelante, ansioso por llegar a mi cita. Las ruedas marcan un ritmo de beatbox y los vagones penetran en el túnel para repartir prisas y sueños por las venas de la ciudad. En las ventanillas se pueden ver miradas furtivas, somnolientes, distraídas. Ecografías también de futuros abogados, banqueros, estudiantes, camareros, policías...

El tren resopla, bufa, traquetea, chilla. Tirso de Molina, se abren las puertas, se rompen aguas. Una marabunta de color inunda los andenes, como un enjambre alborotado por la pedrada de un niño. Los torniquetes apenas pueden contener la hemorragia de vida que se desparrama por la superficie de la gran ciudad.

Tercer Premio

Metro Connection

(de Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Él entró en el vagón del metro con paso decidido y lanzó una mirada para detectar cualquier presencia sospechosa. Se alegró de que la profundidad de los túneles dificultase cualquier labor de contraespionaje. Su contacto, una mujer de porte elegante, aguardaba sentada en el fondo. La observó con discreción mientras avanzaba hacia ella y le perturbó ese rostro sereno, no exento de pasión, que parecía cargar con una vida llena de secretos.

-¿Trae el prototipo? -preguntó ella cuando se produjo el contacto.

Él le acercó con disimulo una pequeña caja aprovechando un pequeño traqueteo del vagón. Ella la abrió y examinó la joya, un anillo de oro blanco y aguamarina.

-He reservado habitación –dijo él mostrando la llave del hotel.

La mujer se levantó. Él la siguió con discreción. Lo cierto es que llevaban casados diez años y pensaron que su aniversario bien merecía un poco de misterio en el metro de Madrid, el lugar en el que se conocieron.

CUARTO PREMIO

Metro Maravillas

(de María Jesús Pérez Gómez)

Hay quien dice que viajar en metro es claustrofóbico, es bajar al infierno de la ciudad...

Jamás lo he vivido así, la primera vez que conocí a alguien que sentía esa sensación tuve ganas, como el conejo de Alicia, de salir corriendo, con prisa y que me siguiera a la madriguera, que viviera su aventura.

En el metro no hay carteles que te indiquen que bebas de esa botella o comas de este pastel, no hace falta, estás en el país de las maravillas. El sombrerero te espera, te vende un billete, un pase al otro lado del espejo. El tiempo transcurre en varias estaciones, hay líneas diferentes colores, números, pasas por cuatro caminos, alamedas, pinares, tres olivos, abres la puerta del sur, la puerta del ángel, cruzas río rosas, el mar de cristal, juegas al Croquet en una plaza elíptica, encuentras una casa de campo, una casa del reloj, un lago, entras en la granja, tal vez llegues a las antipáticas antípodas, da igual, si no te bajas en Cuzco o Buenos Aires atravesando las Islas Filipinas o te das el capricho y das una vuelta por Bilbao... Tras adentrarte en el túnel encuentras a la liebre de marzo tocando la guitarra con Paco de

Lucía. La oruga azul se acerca, comenta que su trayectoria termina en Sol y te regala un poema de Miguel Hernández. El conejo blanco murmura que llega tarde, va a sacar su reloj de bolsillo... se lo han robado, en el aire flotando la cabeza del gato de Cheshire mirándote sonriendo. La reina de corazones señala al gato y grita, ¡que le corten la cabeza! A través del cristal lees: Lavapiés. El sombrerero guiña un ojo al gato, te da la mano, saltáis los tres del vagón justo antes del cierre de puertas.

Una variada clase trabajadora, media, raramente alta, se da cita a diario en el vagón del metro, por unos segundos se sientan a tomar el té, puntualmente, en la misma mesa. Empieza el trayecto, sólo hay que atravesar el túnel. Próxima estación: Esperanza.

Quinto Premio

Sin título

(de Rubén de la Prida Lozano)

Las puertas automáticas se abrieron y pisé el frío suelo del andén. Pequeños ríos de gente que caminaba con prisa entorpecían nuestro camino. Busqué un hueco donde incorporarnos a la corriente de viajeros. El silbato del tren sonó fuerte a mi espalda anunciando la partida del convoy. Con un movimiento ligero pero seguro nos pusimos en marcha, debía calcular la velocidad adecuada para no tropezar.

La salida del andén se producía por un estrecho pasillo que rápidamente giraba a la izquierda. Encaramos este nuevo corredor no tan angosto, aunque tenue debido a la falta de luminarias. A medida que avanzábamos la gente nos adelantaba rauda por derecha e izquierda, solo algunos ancianos nos seguían el paso. Divisé una bifurcación al frente y un sonido fuerte y constante me alertó de las chirriantes y peligrosas escaleras mecánicas. Al llegar al punto exacto conseguí colocar a José en la dirección adecuada con un pequeño embiste. Él necesitaba ahora mi ayuda y no le iba a defraudar.

El pánico que antaño me causaban estas escaleras había quedado reducido, después de mucho trabajo, a un enorme respeto. Cuanto más nos acercábamos a la pisadera más concentrado estaba.

Acometí el primer escalón y José conmigo. Me afiancé en dos escalones diferentes para no perder el equilibrio y que mi compañero tuviera un apoyo de hierro. “Apoyo de hierro”. Me gustaba. Eso era yo.

Acercándonos al último tramo pude oler el viento fresco del exterior, la humedad del pavimento y las hojas corrompidas en los alcorques de los árboles.

De un salto imperceptible para los demás y triunfal para mi mismo salí de las escaleras. Respiré repetidamente para soltar toda la tensión acumulada. José empujó un paso enclavado y salimos subiendo la escalera de piedra rumbo a la calle. Estaba húmeda.

“Las aceras están mojadas” pensé.

La lluvia era el nuevo obstáculo que atraía ahora mi atención.

Una vez fuera del suburbano, José se puso en cuclillas, me ajustó la correa más por costumbre que por necesidad y me rascó el peludo cuello con las dos manos, gesto que agradecí.

“Muy bien hecho, Randy” espetó.